

CALIDAD DESDE EL PRINCIPIO DE EQUIDAD

Juan Vicente Ansa Erice

Profesor de Pedagogía Terapéutica

Hoy en día, la palabra “calidad” evoca normalización, uniformidad , “ISOs”, productos, denominación de origen, trazabilidad, empresa, frialdad, ... “Equidad” sugiere una superación de la estricta aplicación de la justicia, una discriminación positiva hacia los desfavorecidos, un tratamiento desigual de los desiguales, un llamamiento a la ética, al sentimiento, a la calidez ... Por mi trayectoria profesional (centrada en el mundo de la discapacidad) me siento mas cercano a la calidez que a la calidad, pero no puedo sustraerme a las presiones que afectan a todos los docentes para sumergirnos en las dinámicas de mejora de la calidad-eficacia.

Las empresas privadas, en su cartera de pedidos o en sus balances intentan superar un examen de la calidad de sus productos y/o de la satisfacción de sus clientes. Examen de cuyo resultado depende su supervivencia. A quienes, directa o indirectamente, vivimos del dinero público, se nos achaca que no estamos sujetos a este tipo de “control /evaluación de calidad”. A pesar de los intentos de las diferentes administraciones de ampliar las posibilidades de los usuarios de los servicios públicos para elegir (médico, colegio, residencia ...) sólo el control democrático del funcionamiento de estos servicios parece poder garantizar la calidad de los mismos.

Una empresa de transformación, puede plantearse una estrategia completa de calidad: desde la compra de la materia prima hasta el producto elaborado y su posterior introducción en el mercado. Las ventas y la mejora de los procesos determinarán su rentabilidad / viabilidad económica.

La actual legislación educativa no favorece la existencia de centros que seleccionen el alumnado / la “materia prima” pero las leyes del mercado (ubicación del colegio, coste de la vivienda, características del empleo en la zona ...), las preferencias ideológicas de las familias (religiosas, lingüísticas, de prestigio social ...), y la planificación educativa en materia de construcción de centros escolares, van colocando a cada centro en su lugar, ocupando su “nicho” en el sistema. Cada centro (quizá sería mas correcto decir cada conjunto de profesionales de un centro) define su proyecto educativo (su carácter) sin tener en cuenta que los usuarios /clientes de los servicios públicos no son homogéneos ni clasificables por tamaño, talla, edad, sexo, etnia, idioma, discapacidad, religión ... La etiquetación diagnóstica / sociológica /etnográfica del alumnado en la Comunidad Foral nos hace conscientes de que la diversidad es lo habitual pero no adelanta soluciones eficientes / económicas. Todo centro tiene minorías. Minorías en desacuerdo con el “carácter” del centro. Minorías en algunos casos mayoritarias cuando fallan los mecanismos de control democrático del propio centro (minorías escandalosas y silenciadas que no silenciosas para quienes quieren oír).

Los colegios, como las cadenas de montaje, tienden a la uniformidad, a la ISSO. Los que por degeneración profesional tendemos a ponernos en el lugar de las minorías pretendemos que la norma /AENOR /ISSO... contemple a la mayoría-minoritaria. Pretendemos que el profesorado “normal” no delegue la responsabilidad de la educación del alumnado “diferente” en los especialistas (en muchos casos “forzados especialistas” que por formación, titulación y años de antigüedad no resistirían la competencia del profesorado “normal” en un concurso de méritos para una plaza de asesor/a de dicha especialidad) Pretendemos que se asuma que, en nuestras aulas, lo diferente es lo normal, pretendemos que se asuma que la estandarización del alumnado sea lo anormal, pretendemos que nuestra sociedad admita mejor el coste económico de la normalización que el coste social de la segregación.

Ahora que la práctica la educación es universal, que se han alcanzado los objetivos cuantitativos de escolarización, parecen pasadas de moda las exigencias igualitarias y llega la hora de mirar hacia la calidad. Parece llegar la hora de la cultura del esfuerzo y la excelencia, de protocolizar procesos de aprendizaje homogéneos y exitosos que en muchos casos nos servirán como coartada ante el fracaso de nuestros alumnos y como filtro para no ver las desigualdades patentes en nuestras aulas. La indiferencia ante la diferencia combinada con la

existencia de “especialistas en la atención a la diversidad” puede llevarnos a una salvaje uniformidad dentro del aula.

Docentes y no docentes, estamos acostumbrados a clasificar la calidad de los centros educativos en función de las estadísticas: de las notas medias de selectividad, del porcentaje de colocados después del periodo de prácticas en las empresas ... del producto final. Pero en procesos tan largos y complejos como el educativo, la relación entre el proyecto de futuro que los padres /madres hacemos sobre el porvenir de nuestros hijos e hijas o la que nuestros hijos e hijas hacen sobre su propio futuro y el grado de su consecución, es decir, el grado de satisfacción de nuestros usuarios /clientes es un indicador clave de calidad al que los profesionales deberíamos estar atentos. Y ese proyecto de futuro puede ser muy diferente para diferentes familias o para diferentes niños de una misma familia.

Podemos y debemos tomar pautas de gestión y evaluación de la empresa privada pero debemos profundizar en la participación democrática y no sólo en los consejos escolares, sino escuchando a las familias y a los niños, concediéndoles protagonismo en el diseño de su futuro, estando en una constante actitud de diálogo.

Es necesario promover procesos de mejora de la calidad en nuestros centros pero desde la equidad, desde la sensibilidad ante la diferencia, desde el diálogo, desde la participación democrática, desde la “calidez”.